

La convulsa y contradictoria relación de Costa con la política y los periódicos

POR

RAFAEL BARDAJÍ

Acostumbrados como estamos a conocer al personaje a través de la magnificencia de las esculturas o de los simplistas epitafios escritos bajo el ánimo sobrecogido de la muerte, se ha creado en este último siglo una corriente de veneración hacia Joaquín Costa de la que sólo suelen disfrutar los héroes o dioses, que no admiten controversias. Hasta tal punto se ha llegado que sus diversas soluciones han sido admitidas por todos como un tótem mágico.

Joaquín Costa ha sido el símbolo que había que dar al pueblo para que éste tuviera sus señas de identidad, junto al conde de Aranda, Fernando el Católico o Agustina de Aragón. A su vez, las dos localidades a las que estaba vinculado, Monzón y Graus, han rivalizado en una carrera para ver cuál tenía más fundamentos para reivindicarlo.

Para el poder ha sido, además, un personaje que, al menos, podía ser usado sin miedo a que fuera bandera para la subversión. Por un lado, porque sus planteamientos regeneracionistas —la defensa de la escuela, los riegos, la despensa, la recuperación del derecho, la europeización o el conocimiento de la historia— no pueden hacer mal a nadie. Y, por otro, porque aquellos mensajes más polémicos, lanzados durante la época de su vida en la que Costa estaba enfadado con el mundo, han sido cuidadosamente arrinconados. Estos últimos, además, se prodigaron en un momento de rivalidad política en el que era utilizado como munición para espolear al poder político. A muchos de sus seguidores, estos apocalípticos mensajes han servido para poner al mito frente a la consideración de miseria otorgada al resto de los agentes políticos y sociales.

La frase de “Eso ya lo dijo Costa” ha retumbado desde las primeras biografías que emulaban las vidas de santos hasta en los numerosos homenajes que sucesivamente se le han ido dedicando en todas las épocas históricas: la Dictadura de Primo de Rivera, la República, la Dictadura de Franco y la democracia.

UN HOMBRE TENAZ

Y no es malo que los pueblos tengan un referente histórico para impulsar su futuro. No es malo tampoco que Graus y Monzón recuerden a un hombre que,



El País, así como otros periódicos de toda España, realizan un enorme despliegue informativo con motivo de la muerte de Joaquín Costa en Graus. Edición del día 9 de febrero de 1911.

ante todo, tuvo una gran incidencia en la época y en las décadas posteriores. Pero conviene, siempre, envolver los hechos en su contexto y no olvidar el medio en el que se desarrolló Costa. Ciertas tesis fueron realmente originales; otras forman parte de distintas corrientes, de las que Costa formó parte o fue un impulsor. Algunas, como la política hidráulica, significaron una apuesta muy importante y decisiva. En su defensa, el pensador altoaragonés ejerció un papel de agitador muy positivo para España. Pensar que sus criterios hidráulicos sirven para la España

actual ya es otro cantar. En la España de su época no se contemplaban como ahora los impactos ecológicos, entre otras razones porque no habían entrado en acción las hidroeléctricas y la ingeniería no había previsto los faraónicos embalses.

En casi todas las áreas abordadas por Costa, en cualquier caso, aparece el sustrato de la tenacidad, el tesón y el tremendo esfuerzo por saber y conocer. Algo que se refleja en sus estudios sociológicos, antropológicos, jurídicos o de geografía colonial.

Cuando llega el 98 y los periódicos se lanzan a analizar ese momento histórico de una España cambiante —época depresiva para unos, tras el desastre, o en transformación para otros (los finales del XIX conocieron el desarrollo del ferrocarril)—, conviene aprovechar la ocasión para ver al personaje envuelto en el mundo que le rodeaba, pues nunca la historia es obra de un solo hombre. En esos años se prodigaron los lamentos —como los lanzados por Costa, que en frase de Javier Tusell se “comportó como un búfalo herido bramando en el barro toda su desmesura y tenacidad”—, pero también proyectos e ideas para el futuro. En muchas de ellas, aunque con un sentimiento muy agrio, también participó Costa. En otras, como el desarrollo de la ciencia, otro aragonés, Santiago Ramón y Cajal, destacó por encima de todos.

UN MENSAJE CONTRADICTORIO E IMPULSIVO

Resulta, en cualquier caso, sorprendente que uno de los hombres de la reciente historia de España, que con su tozuda soledad y ensimismamiento fue la voz de la conciencia en un país cuyo sistema político estaba sujeto a multitud de artimañas, haya recibido durante este siglo, tras su muerte, el tratamiento reservado a los dioses del Olimpo. Muy pocos son los que han resaltado su mensaje contradictorio, repleto de impulsos, adobado con dosis de cabreo permanente y cargado de soluciones mágicas muy parecidas a la de la fórmula política de “dictadura sin dictadura”. Así pues, cabría preguntarse por qué un hombre que despertó tantos recelos y desconfianzas, cuando no pasiones encendidas y ataques furibundos –en la misma medida en que él los prodigó– no provocó las mismas reacciones tras su desaparición.

Y un repaso a la actividad política de Joaquín Costa, que en su trayectoria vital fue la más convulsionada, deja bien a las claras la atribulada vida del pensador aragonés.

El análisis de su vida pública nos presenta a un hombre incapaz para articular un movimiento político y con serias dificultades para adaptarse a la sociedad de entonces. Joaquín Costa fracasa también en su apuesta para ser caudillo de España y no encuentra tampoco acomodo en ninguna de las opciones políticas existentes en ese momento. Su mayor compromiso, tras no lograr un movimiento que aglutinara a lo que él llamaba las clases neutras, lo tuvo con los republicanos a partir de 1903, pero hizo apostasía de los mismos. No quiso sentarse en el Parlamento después de haber obtenido un escaño en 1903 y ridiculizó con extrema dureza a sus correligionarios por ser “cómplices del sistema parlamentario”. Y este desprecio al sistema sirvió para que muchos de sus posteriores ensalzadores tuvieran en Costa el ejemplo de hombre puro.

El Liberal dedica su primera página a recoger el artículo de Costa en el que se ataca duramente la política del Gobierno de Antonio Maura. 23 de mayo de 1908.



LA PONZOÑA POLÍTICA

En la lectura atenta de la prensa desde 1898 hasta 1911, es fácil encontrar comentarios de editorialistas que presentan a Joaquín Costa como el hombre capaz de acabar con la “ponzoña de la política”. Es especialmente significativo que esta expresión sea utilizada por el periódico *Heraldo de Aragón* en su edición del 19 de octubre de 1898, al recoger el artículo de Joaquín Costa en el periódico *El Liberal* de Madrid. Términos similares irán apareciendo a lo largo de las primeras décadas del siglo en los diversos periódicos nacionales, regionales y locales. Como ejemplo más cercano, en el número del 22 de febrero de 1923 –trece años después de la muerte del pensador–, el periódico grausino *El Ribagorzano*, auténtico guardián de las esencias costistas, celebra el advenimiento de la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera, editorializando que con el golpe “se pone fin al régimen anatemizado y maldecido por Costa”, que no era otro que el de la Restauración borbónica de 1875.

Es fácil determinar que con este espíritu descontento y extremadamente crítico la prensa de la época encontrara en los ditirambos costistas una selección de dardos a utilizar cuando mejor conviniera, sobre todo en épocas especialmente convulsas. Su trayectoria, cada vez más radicalizada, sirve al final de sus días para que los periódicos contrarios al proyecto de la ley de Terrorismo del Gobierno de Maura, que imponía serias mordazas a la prensa, se sirvan de Costa y le pidan –*El Liberal*, *El País*, *El Correo*, entre otros– su opinión. Y vaya si Costa da titulares, pues entre otras cosas llega a pedir la ejecución del presidente del Gobierno, Antonio Maura. El texto en cuestión se publicó el 5 de octubre de 1909, poco antes del fusilamiento del pedagogo anarquista Ferrer y Guardia, acusado de participar en los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Pero estos mismos periódicos se asustan ante los planteamientos radicales. De hecho, más de un rotativo liberal manda el original a la basura. Las referencias a las soluciones drásticas –el cirujano de hierro, entre ellas– son constantes en su vida pública.

LA PRENSA COMO INSTRUMENTO

Me he referido antes al artículo publicado por *El Liberal* el día 18 de octubre de 1898. Marca este texto el inicio de la actividad política de Costa en el ámbito nacional, después de sus experiencias como candidato en la provincia de Huesca, teniendo como medio la Liga de Contribuyentes de Ribagorza y la Cámara Agraria del Alto Aragón. Su convencimiento de que la prensa era un instrumento eficaz para cambiar el mundo ya venía de más atrás.

En el artículo de *El Liberal*, Joaquín Costa, que ya había adquirido la categoría de hombre ilustre en toda España, expone su programa político para el país, cuyos puntos fundamentales se irán repitiendo en los próximos años. Son ideas

Artículo aparecido el día 17 de febrero de 1906 en *El Progreso*, periódico republicano. Toda la primera página se dedica a Costa en lo que es un desagravio a los ataques recibidos por *Diario de Zaragoza* tras la celebración de la Asamblea Municipal Republicana.

generales que van desde cuestiones muy concretas como es la mejora de los caminos hasta la defensa a ultranza de la enseñanza, pasando por reformas tributarias, el conocimiento de la pequeña historia de los pueblos –frente a la grande hecha con mayúsculas–, el impulso hidráulico, la creación de sistemas de seguros para los agricultores –Tuñón de Lara dice que es el embrión de la futura Seguridad Social– y el ataque despiadado a la clase política.



El artículo es una respuesta a la invitación que la dirección del periódico realiza a varios pensadores españoles. Se había producido ya el desastre de Cuba y la prensa inicia un periodo de reflexión.

EL TEST POLÍTICO

Pasarían muy pocos meses para que Costa tuviera su verdadero test con la política española con la celebración de la Asamblea Nacional de Productores que se celebra en febrero de 1899 en Zaragoza. Es su primer ensayo, que se cimenta en lo que Costa llama las clases neutras y que no es más que un grupo que aglutina a industriales medios, productores, funcionarios y pequeños y grandes propietarios. Lo que Costa propone es una vía que se abre entre los partidos tradicionales, el conservador de Cánovas del Castillo y el liberal de Sagasta. Una empresa ciertamente difícil si se tiene en cuenta que no hay soporte económico, faltan medios para comunicar el mensaje y cada uno de los miembros de la Asamblea tiene sus propios intereses en los partidos existentes. Éste es el caso de Basilio Paraíso, presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza, que se integrará en el Partido Liberal. Es cierto que Costa encuentra un filón en las clases medias, muy fustigadas por las crisis económicas y la reforma tributaria, o en amplios sectores de la población que guardan el tremendo y amargo sabor de la sangre derramada en Cuba (un derramamiento de sangre del que gracias al siste-

ma de alistamiento se salvan las clases pudientes). Sin embargo, su oratoria cargada de violencias y exabruptos impresiona a la sociedad de entonces, a la vez que genera desconfianza.

Para empezar, en la propia asamblea y en otras posteriores Costa se ve desbordado por los asistentes. Pero, a tenor de lo leído por la prensa, su mensaje choca contra casi todos los que serían sus potenciales destinatarios, que no son otros que los lectores de los periódicos: la masa de la clase media, que es la que sabe leer.

Los periódicos conservadores, entre los que destaca *La Época* de Madrid o el *Diario de Zaragoza* –dirigido por el conservador Tomás Castellano, ministro de Guerra con Cánovas y, por tanto, durante el primer periodo de la guerra de Cuba–, tratan a Costa como “visionario, ambicioso y soñador”.

Por su parte los liberales *El Correo* o *El Liberal*, menos duros, tampoco ahorran editoriales y comentarios descalificadores: “Tenemos al sr. Costa por hombre bienintencionado, a más de ser orador elocuente y persona de saber y estudio, pero ciertos detalles de sus trabajos preparatorios denotan en él un temperamento neurótico, el menos a propósito para su tarea de Gobierno”. Éste era uno de los párrafos publicados por *El Correo* en los días previos a la asamblea. Otra prensa menos comprometida con los partidos y que responde a un criterio empresarial, como *La Correspondencia* o *La Vanguardia*, es menos apasionada, si bien se muestra recelosa a las andanadas políticas de Costa.

En Aragón, la situación es distinta y Costa encuentra un buen respaldo en *Diario de Avisos* y, aunque algo más tibio, en *Heraldo de Aragón*. Antes se ha comentado la postura beligerante de *Diario de Zaragoza*. A su vez, *El Diario de Huesca*, dirigido por el cacique Manuel Camo, no manifiesta tampoco excesivas simpatías por los proyectos costistas.

UN ARMA PARA LOS REPUBLICANOS

La posición de la prensa a lo largo de la siguiente década –1900 a 1910– sigue siendo similar. Así, en el periodo republicano de Joaquín Costa, a partir de 1903, sólo los periódicos de esta tendencia –y en algunos momentos *Heraldo de Aragón*– expresan su fe ciega en Costa. Los seguidores de Alejandro Lerroux ven en este sabio metido a político un personaje ideal para provocar y convulsionar el sistema, aunque, a veces, los mismos republicanos sean receptores de sus dardos envenenados.

Y Costa utiliza a los republicanos, al mismo tiempo que los republicanos utilizan a Costa. Como no tiene un medio afín a sus ideas –lo intenta en varias ocasiones y al final se refugia en *El Ribagorzano*–, utiliza los medios que pueden ser más heterodoxos y estos son los republicanos como *Heraldo de Madrid* o *El Progreso*.

Años más tarde, cuando su soledad se agudiza y su desengaño es total, Costa encuentra nuevas oportunidades para enfrentarse al Gobierno. Y, como Antonio Maura es la bestia negra, de sus obsesiones se sirve la prensa liberal, demócrata y republicana. Estos medios, como correa de transmisión de los respectivos partidos, pretenden minar al Ejecutivo conservador. Para acallar las críticas a la guerra de Marruecos en 1908 y a la represión de la Semana Trágica de Barcelona en 1909, Maura quiere aplicar, a través de su ministro De la Cierva, leyes contra el terrorismo que introducen la censura previa.

Los periódicos liberales, los republicanos y la prensa más convencional, junto con todos los partidos excepto el Conservador o el Carlista, van a buscar a Costa a Graus para que hable primero en el Congreso (mayo de 1908) y escriba después (octubre de 1909) contra Maura y su ley de terrorismo.

Nuevamente, las posturas encontradas. *El Liberal* –tan lejano de Costa en los años anteriores– dice el día 23 de mayo de 1908 en su primera página: “Ese glorioso inválido es el único español que para el amor y para el odio, para la devoción y para el combate, pone las almas en movimiento; su voz es la sola voz que despierta a los aletargados, a los egoístas y a los moribundos. Al día siguiente editorializa: “Costa de un escobazo ha barrido y mandado al carro de la basura las piltrafas de la ley dahomeyana, dictada al Sr. Maura por el santo Oficio de Barcelona”.

ABC, *La Época* o *Diario de Comercio* tienen otra visión. Este último, tras seleccionar las palabras del discurso en el Congreso, las rubrica con este comentario: “Todo esto lo dijo el tullido y baldado incurable que vegeta en Graus. Y como, según parece, él no tiene remedio, quiere sin duda, que España le acompañe en su muerte. ¡Oh los grandes hombres!”.

En este rápido repaso a las relaciones de Costa con la prensa, donde aparecen curiosas, sorprendentes y reveladoras anécdotas, surge la personalidad de un hombre contradictorio, impulsivo, enérgico, amante de los duelos dialécticos, apasionado, engreído, convencido de misiones mesiánicas y que, con sus atronadores argumentos, busca la provocación. Una imagen que se aleja del otro Costa tenaz, trabajador y estudioso, cuya aportación tanto sirvió para abrir muchos caminos del conocimiento.

Rafael Bardají es periodista de *Heraldo de Aragón* y autor del libro *Costa y la prensa, una relación turbulenta y apasionada*. “Colección Boira” (IberCaja)